

BANANA GOLD

Peonadas en selva y bosque, profunda angustia y dolor; lluvias que calan los huesos del pobre trabajador.

Hombres bestias de carga del trágico bananal; abonando con sus cuerpos la riqueza del tío Sam.

Bananos; racimos de oro del yanqui conquistador.

Minados por la fiebre que los mata; sus nervios los oprime la malaria. Sin espíritu, agotados; su jornal dejan en el dado, en la hembra o en licor. El comis riato yanqui les roba todo el sudor.

Bananos; racimos de oro del nórdico conquistador.

Dólares son los que cortan para mandar a New York; productos de tierra virgen cultivados con dolor.

Peones con fiebre amarilla, palúdicos, alcoholizados negro, mulato, español; hermanos en el dolor; todos cortan el banano al rudo conquistador.

garra imperialista hendida en carne mulata y tropical; rastros de sangre nativa tiñe de rojo el bananal.

El yanqui su sello imprime en la selva tropical; se lleva el producto de oro y deja la enfermedad.

Tierra estéril para el «nativo» sembrada de odio y rencor. Bananos; racimos de oro del yanqui conquistador.

ARTURO ECHEVERRÍA LORÍA

CUENTO En busca del hampa josefino

por Manuel García V.

Va aminando por una calle larga, larguísima y en la misma proporción oscura. Va despacio, mirando al suelo. Un ingeniero diría que cuenta los pasos. Un filósofo, que medita. Pero no, simplemente va aburrido. Acompañado el aburrimiento por la locura de los dieciocho años, y la locura y el aburrimiento nimbados por la influencia de la última novela que leyó. Una novela de aventuras en un suburbio de una ciudad enorme, con mucho tráfico, mucha gente y muchos bandidos. Bandidos con puñales, con escuadras y corbata; morfomorfos los unos, borrachos los otros, pero todos valientes y decididos a luchar contra los de "uniforme".

Y así, dándole vuelta a aquel pensamiento inconscientemente fue trayendo su cuerpo, paso a paso hacia los barrios bajos de San José. Y con ese pensamiento fortalecido lo encontramos nosotros por una calle oscura.

¿Por qué en San José no podría haber hampa tan arriesgada, tan viciosa, y en fin, tan interesante? ¿Qué chiquillo, qué poco hombre había sido, no habiendo ido antes a escrutar la vida misteriosa de los ladrones, de los coainómanos del Keith. Los pleitos con puñal y de todo entre los «chivos» y las prostitutas, hasta hubieran podido proporcionarle motivos para ciertos interesantes, quién sabe si hasta para una novela.

Y la idea estaba ya bien remachada. Y tanto, que ya iba en busca del hampa josefino.

Camina ahora por una acera medio en ruinas. De pronto es interrumpida la continuidad de lo oscuro por una racha de luz que se tira a la acera y hasta media calle, poniendo la nota amarilla e indecisa en medio de la negrura.

Levanta los ojos. Una puerta se le presenta. La misma puerta emanadora de la luz indecisa, amarillenta. Interrumpe por un momento su monótono ca-

minar y adentra la mirada. Seguramente no encuentra lo que busca y hace un arranque para proseguir. Pero no. Se mete por la puerta y por un par de segundos la claridad es interrumpida.

Entra. Nada pintoresco; una pequeña pieza. Un mostrador viejo y sucio; los zapatos de los clientes donde pasó su juventud, seguramente en alguna panadería concurrida, habían becho su labor desgastadora en la parte más cercana al suelo. Ahora, nadie se preocupaba de él. Tal parecía demostrar.

Y todo lo que en aquel cubil había era por el estilo y facha del mostrador. El alma del abandono, de la dejadez, del descuido, estaba, metida en todo aquello.

Una puerta era la única salida hacia el interior de aquella pieza desgraciada. Mil veces desgraciada; por abandonada, por muerta, por saturada de tedio.

¡Qué gran descubrimiento! Una puerta que llevaba al interior. Donde estaba la taberna, con los dados, y con los rostros embozados y precursores de tragedia sangrienta.

No lo dudó mucho y se lanzó por aquella puerta salvadora. Penetró en otra pieza donde habían varias mesas sucias y desniveladas. Con unas sillas también defectuosas, enfermas de aburrimiento, como todo lo de allí. Nada pintoresco, nada espeluznante ni tétrico, ni nada. Se sentó en una mesa. Clavó la mirada en la bombilla eléctrica, que era lo que más vida tenía de todo aquello. Era una luz triste. Una luz que no era luz, incierta, indecisa. Una luz estúpida. Eso es, una luz estúpida. Y una sonrisa apareció en la cara del joven aquel. Había encontrado la palabra, ni más ni menos. Estúpida...

Pasó un rato solo, desilusionado. Había sido defraudado. Después se escucharon unos pasos irregulares, indecisos... como todo. Apareció por otra puerta un hombre tambaleante, jalando a una mu-

Pasa a la 4a. Página

1º DE MAYO

CARLOS LUIS SÁENZ

NOTA: (Reproducimos este poema que salió mutilado en el N° anterior.)

Meciéndose en las hocas son hoy nuestras banderas los que ayer desafiaron la injusticia burguesa.

¡Parsons y compañeros! ¡Parsons y compañeros! salud en este día!

Día de la aurora nueva en que el proletariado levanta su cabeza

y millones de bocas lanzan al aire el himno de las modernas gestas!

¡Salud en este día que a la lucha despierta la conciencia de clase con singular ¡alerta!

Atrás explotadores, imperialismos,

guerra, facismos vergonzosos, hitlerismo de fieras!

Parsons y compañeros, capitanes,

paradigmas obreros, la lucha continúa y se renueva; en millones de hombres renace vuestra fuerza.

Salud en este día de lucha y primavera!

De pie, libres las manos de infamantes cadenas

y unidos, van marchando a la conquista cierta, todos los trabajadores del planeta.

No hay diques en la historia que esta marea contengan.

¡Primero de Mayo, rojo! ¡Primero de Mayo, alerta!

¡Alerta, trabajadores que empieza la primavera! la primavera del ciclo que nuestra clase gobierna.

¡Alerta! ¡Alerta! La Internacional anuncia que se acaban las fronteras,

que se acaban los esclavos, que se acaba la miseria, que la clase proletaria alza, en lucha, su bandera.

y que es Primero de Mayo para agitar una idea que libertará a los hombres y ennoblecerá la tierra.

¡De pie, suden las manos libres de infames cadenas!

¡Primero de Mayo! ¡Huria! ¡Primero de Mayo! ¡Alerta!

Discurso del estudiante Manuel García V. el 1º de Mayo

Nuestro estudiantado ante el Problema Social

El mundo está metido en un caos económico, que ha repercutido inconscientemente en lo intelectual y moral. Y ha sido llevado a ese caos por el capitalismo, que en su loca y desenfrenada carrera hacia el abismo de su propio desbarajuste, no ha tenido empacho en pisotear los más sagrados derechos de una grandiosa mayoría humana; la mayoría proletaria, la mayoría campesina. No se ha dado cuenta de que sobre esa mayoría se asienta el edificio de la sociedad toda.

Y así, a este revuelto escenario sale la juventud de nuestros colegios. Acaso

con alguna orientación? Acaso con una sólida preparación? Acaso conociendo la vida? Nada. Salen indefensos. Pero analicemos un momento el ambiente general de esos colegios. El profesorado en su mayoría va a dar clases porque no hay otro puesto mejor remunerado en que meterse. El método o sistema edu-

cativo es pésimo. Hay ambiente estudiantil, espíritu juvenil en los tales colegios? No. El ambiente lo hace el personal docente. El estudiante no juega ningún papel.

En resumen, aquí los colegios de segunda enseñanza no son otra cosa que la traducción al lenguaje educacional, de la politiquería

y oportunismo de que apeseta el país. Los liceístas quieren más la esquina de la Cigarrería Americana que su Colegio y en parte hasta tienen razón; hay más ambiente estudiantil en la tal esquina, que en esa oficina pública con empleados públicos llamada Liceo de C. Rica Y esto, que digo del Liceo se puede generalizar a todos

los otros colegios.

Desorientados, impreparados, sin ningún cultivo mental, así salen los estudiantes a la vida y se encuentran con las dificultades económicas que los hace ir callendo en el proletariado. Y con una vorágine en el catapo de las ideas donde es fácil perderse. Pues bien, la única clase que lleva una

orientación definida, gracias a su misma situación, y a la poderosa ideología marxista que la conduce e inspira es la clase trabajadora. Acérquese la juventud al proletario, a la par suya está su sitio. Los dos se pueden prestar ayudas mutuas y pueden formar un solo grupo con fuerza duplicada, dispuestos a la conquista de derechos justos.

Ya es hora de que la juventud costarricense se deje pe titubeos y de prejuicios tocos, y siga el ejemplo de la juventud cubana y de la mexicana. La juventud cubana era como la nuestra. Pasa a la Pág. 4